

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

EL SONAMBULO

SAN LORENZO, 16.

Especialidad en toda clase de embutido, que por su esmerada confección se recomienda el público.

También encontrará el público que visite dicho establecimiento, todo cuanto necesite en los artículos de primera necesidad.

El Sonámbulo, San Lorenzo, 16, frente al estanco.

FRANCISCO PINA, PINTOR

Y EMPAPELADOR, PORCEL, 6- MURCIA

SE DECORAN HABITACIONES Y SE PINTAN FACHADAS.

AL DIA

PAN AL OBRERO

Se acerca el frío, el invierno, llenando de angustia el hogar del infeliz obrero, que falto de trabajo, carece de abrigo y de pan para sus hijos.

El invierno, siempre aterrador, reviste los graves caracteres del hambre, y sin embargo ¿qué hacen los primates de la patria para prevenir sus horribles consecuencias? Nada.

Ven al obrero privado de recursos, á sus hijos pidiéndoles pan, ven esas bandadas de hombres que buscan en otros países lo que les niega, el que les vió nacer, que son otros tantos veneros de riqueza, en tanto los que figuran al frente de la política, entretienen en discusiones inútiles, pasan el tiempo lastimosamente, echando al olvido las desgracias del infeliz que les sirvió de escabel, para llegar á la meta de sus ambiciones, y comen y duermen tranquilos, sin reparar que hay quien no come, porque carece de pan, y no duerme porque no tiene ni una mala mantita con que arroparse en las interminables y heladas noches del invierno.

Muy grande es la responsabilidad de nuestros gobernantes, pero el pueblo no se exime de una parte de culpa, en este problema que lamentamos de presente.

Por uno de esos derechos que las corrientes modernistas nos han regalado, todo ciudadano puede tomar parte en la elección de aquellos, que á nombre del pueblo, han de regirlo y gobernarlo procurando el bienestar de todas las clases.

Pues nada de esto sucede.

Además de esto preferimos lo extranjero á lo español, y dejamos lo que tenemos en nuestra propia casa y vamos á buscar lo que está lejos, sin reflexionar que nuestro proceder, indiferencia y apatía, son causa del malestar que siento y de la ruina de la nación.

Cierto que en las altas esferas oficiales, nada, ó muy poco se intenta y realiza para atajar esta angustiosa crisis y horrible miseria en que yacen sumidas nuestras infortunadas clases obreras, pero prescindiendo de esto, habremos de significar que dada la cultura escasisima en que se desenvuelven y viven, y la refinada maldad é hipocresía en que fundamentan sus predicaciones los que pomposamente se adjudican el título de protectores amantes del proletariado, no hallarán por el camino emprendido la redención de su infeliz estado, ni el pan que necesitan para acallar el hambre de tantas criaturas y conseguir el abrigo que necesitan para cubrir aquellas carnes amoratadas por el frío, que al contemplarlas sus madres, sienten resbalar por sus mejillas lágrimas de dolor que van á unirse con las del hijo, que con voz entrecortada le pide un pedazo de pan, destrozando el corazón de la que le dió el ser, que cansada de sufrir, se subleva contra una sociedad egoísta, que no se conmueve ante cuadro de miseria tan desconsolador.

Unifíquese el capital y el trabajo, venga una evolución hacia los buenos principios sociales, y el obrero logrará por sí su redención, saldrá de esa postración y de la miseria física y moral que lo consume, y el capitalista se habrá eximido de la inmensa responsabi-

dad, de la que en plazo no lejano pudiera tocar las consecuencias, y sufrir sus funestos resultados.

LAS CUENTAS DE BARRUTIA

Cuento

Conocimos en Madrid, ya anciano, á un nobilísimo caballero, Guardia de Corps, en los tiempos de Fernando VII, del que fué amigo y compañero en sus nocturnas *bohemiadas* con los chisperos y manolas de las Vistillas y del Lavapiés, que terminaban en la antigua botillería de Canosa, en la hostería de Maese Botín, ó en la fonda de Perona; y no decimos el Pombo primitivo, porque se cerraba con la queda del Buen Suceso, ó como si dijéramos, la Bombilla, La Ceres y el Lhardy de hoy.

Aquellos tiempos precursores de los presentes, en los que existían los hermanos del Pecado mortal, la Rondade pan y huevo, que aún subsiste en su Refugio de la calle de la Puebla, los Agonizantes de la Pasión, los Regidores perpétuos y tanta mujer de rompe y rasga que llamaban «Narizotas» á Fernando el Deseado.

Y basta de digresiones y volvamos á las cuentas de Barrutia. Era un tipo arrogante, un caballero que desde la cuna venía codeándose con gente que comía con tenedor; asistió á la Fontana de oro, en 1823; fué amigo de Escoiquez, del P. Cirilo, del pretendiente Carlos V, del P. Fulgencio, del Rector de la Buena Dicha el murciano dominico Luis Godínez, y últimamente visitó en Aranjuez á la famosa Sor Patrocinio.

Cuando conocimos á nuestro protagonista tenía, 65 años, iba con el siglo; era narrador auténtico de la Corte de España, conocía los secretos palatinos, los de muchas azafatas y damas de honor, lo publicable y lo no publicable.

A la muerte de Fernando VII, en 1833, Barrutia, que era realista por convicción, cayó en desgracia y para no sufrir la bafa de los descañados, como él decía, emigró de Madrid, visitó algunas provincias y tachado por sus genialidades, en unas de carlista, y en otras de liberal, se fué á Francia, donde la colonia española le prestó su protección.

Barrutia no tenía un cuarto, comía en los mejores hoteles, visitaba las embajadas, aristocráticos salones y vivía como gran señor.

En cierta ocasión se le volvió el santo de espaldas, y acudió á su distinguida familia y ésta le pensionó

relativamente bien, mas no lo bastante para sostener el boato á que venía acostumbrado, porque como dice Zorrilla en su «Tenorio»:

Siempre vivo con grandeza
quien hecho á grandeza está.

Y Barrutia, caballero legendario, no podía vivir, ni vivió nunca, en la miseria.

—Aprenda usted—nos decía—yo he vivido bien sin tener dinero, no he bajado nunca de mi pedestal, he aumentado el crédito, y he cumplido luego con mis acreedores como cumplen siempre los hombres de honor.

Tuve una época nefasta: vivía como un emigrado en Perpignan, tenía cinco reales diarios que me pagaba el gobierno francés, y mi familia me enviaba cien duros mensuales, yo gastaba doscientos y cómo arreglarse?

Todos los meses liquidaba.

Fonda: doscientos francos.

Casino: cien francos.

Sastre: cien francos.

Extraordinarios: cien francos.

Para mi bolsillo: cien francos.

Total 600 francos; me faltaban cien francos, puesto que solo recibía 500.

Hacía mis cuentas y me decía: si al que debo dos le pago uno, y al que cinco la mitad, ¿qué queda para Barrutia? Nada; una miseria.

Pues no pago á nadie; todo para Barrutia, y vuelta á empezar.

Esto lo decía cuando le daba la chilladura de no pagar, pero siempre cumplía como un caballero.

Felipe Blanco de Ibañez.

TEATRO ROMEA

Anoche se representaron «Venus-Salon», «La Macarena», «La Chavala» y «La Tempranica».

Estas obras obtuvieron un desempeño esmerado, siendo aplaudidos los principales personajes de las mismas, en diferentes ocasiones.

En «La Chavala» debutó nuestro querido amigo Paco Barnés.

Al salir éste al palco escénico, fué saludado con prolongada salva de aplausos, en prueba del verdadero afecto que le profesan sus paisanos.

A pesar del natural temor con que todo artista se presenta ante el público, cuando debuta, nuestro amigo Paco, cumplió dignamente con su cometido, cantando con mucho gusto y declamando admirablemente.

